



LAS EDADES DEL ESPIRITU¹

Notas introductorias

Con especial cautela, dividiremos las edades del espíritu en la adolescencia, la juventud, la madurez y la edad de la sabiduría. Esta división ya revela dos diferencias importantes con las edades del hombre. Primeramente, la infancia espiritual no está al inicio, antes de la adolescencia, sino al final: es la cúspide de la vida cristiana, una de las características de la edad de la sabiduría. Jesús ha dicho que si no nos hacemos como niños, no podremos entrar en el Reino de los Cielos (Mt. 18, 3), afirmando con ello que ciertas actitudes de la infancia nos son necesarias para participar de su amistad: hacernos pequeños y necesitados ante él, la docilidad y apertura a su palabra, la total confianza en el Padre Dios. La segunda diferencia está en que la vejez, la última etapa de las edades del hombre, no existe en el itinerario del espíritu, cuya última etapa es la sabiduría, que va unida a un rejuvenecimiento del espíritu, la ya mencionada “infancia espiritual”.

Inútil recordar que en las edades del espíritu, así como sucede en las otras edades del hombre o de la naturaleza, los momentos en que se pasa de una etapa a otra no son claros ni abruptos. La etapa que va a venir se va anticipando de a poco, y la que se deja se prolonga por un tiempo en la siguiente.

La idea es leer el texto con lápiz en mano, para poder subrayar lo que me llame la atención, sobretudo lo que me identifique con lo que hoy estoy viviendo. Y además poder escribir otros alcances, reflexiones o ideas que nazcan a propósito de la lectura.

I. La adolescencia espiritual

Lo que hemos llamado adolescencia espiritual marca el inicio de un cristianismo interiorizado y en proceso de crecimiento: es decir, cuando una persona comienza a tener una espiritualidad, cuando se deja de ver su cristianismo como exterior a su vida. El día en que Dios nos hizo descubrir que la religión es una vida interior que está llamada a crecer y a influir en todos los aspectos de la vida cotidiana, fue el momento de nuestra primera conversión. Un libro, una predicación, una amistad, unas reuniones... Dios se sirvió de muchas cosas.

Interiorización y crecimiento. Estos descubrimientos marcan el inicio de un itinerario espiritual apasionante. Con la interiorización brota la oración personal, íntima, de tú a tú con Dios, más allá de la sola oración vocal. El descubrimiento de la fe religiosa como una vida llamada a crecer, nos llamará en adelante a preocuparnos por superar nuestros defectos y mediocridades y no tan solo por evitar

¹ Lo que sigue son extractos de un texto más extenso de Segundo Galilea. El texto completo se encuentra en Cuadernos de Espiritualidad. Centro de Espiritualidad Ignaciana. Número 98. Julio de 1996.

pecados deliberados. Es decir, la conversión como empeño permanente de la vida cristiana entra a formar parte de nuestra naciente.

Esto nos lleva a descubrir nuestra verdadera realidad interior. Por una parte nuestros buenos deseos e ideales, y las cualidades y gracias que Dios nos ha regalado. Por otra parte nos hacemos más conscientes de nuestros pecados y defectos habituales, de nuestro egoísmo latente y de que no hemos aprendido a amar. El descubrimiento de este mundo interior de cizaña nos desconcierta.

Es también la edad del espíritu en que buscamos conocer mejor el cristianismo. Nos abrimos a la novedad cristiana. Comenzamos a leer algunos libros, por supuesto la Biblia, y procuramos orar y participar de la eucaristía con más frecuencia. En esta etapa solemos adquirir nuestra formación cristiana básica. Y para muchos es la etapa en que Jesús se descubre como un amigo. Ya no es solo Dios; se nos revela en su humanidad y en su amistad y podemos iniciar con él una relación persona y afectiva.

Sin embargo, esta edad espiritual es eminentemente voluble y a veces efímera, pues aún está dominada por los sentimientos y la devoción sensible. Si “sentimos” fervor, nos entregamos con generosidad a prácticas de piedad y a obras de caridad y servicio en algún grupo de Iglesia. Queremos ser santos y nos sentimos santos. En algún momento hasta consideramos comprometernos en opciones radicales: la vocación religiosa, las misiones, la inserción entre los pobres... Pero a menudo estos arranques duran poco, y al apagarse el fervor sensible todo se hace cuesta arriba y volvemos a nuestra tibieza anterior. Más adelante tendremos otra inyección de entusiasmo, y así sucesivamente.

La fe sólida y constante falta aún en la adolescencia espiritual. Porque a menudo el sentimiento religioso, que es voluble, ocupa el lugar de la fe. Y la fe no es un puro sentimiento, sino antes que nada una convicción de la inteligencia y una opción de la voluntad, inspirada y sostenida por el Espíritu Santo y la palabra de Cristo. El adolescente de espíritu necesita como nadie escuchar y meditar esta palabra, que lo hará avanzar decisivamente en su itinerario espiritual.

Para ello no le basta leerla u oírla: tiene que hacerse transparente a ella, que es como hacerse transparente a Cristo. La transparencia de espíritu es condición indispensable para una verdadera conversión a Jesús. La transparencia es una virtud que va en dos direcciones. Por la primera nos abrimos y nos exponemos sin poner obstáculos ni ocultar nada, a la luz de su palabra que desea llegar a lo más profundo de nuestra alma. Por la segunda, no le mentimos a Jesús, que es mentirnos a nosotros mismos, al querer negar o disimular las sombras que su luz revela en nuestro interior. Sin transparencia, sin sinceridad con el Señor, su Espíritu no puede penetrarnos para convertirnos a Él y disipar esas sombras que no nos permiten acceder a la libertad de espíritu y al crecimiento espiritual.

II. La juventud espiritual

Una de las características que va a marcar esta etapa es que la relación con Cristo va a estar cada vez más basada en la conciencia de nuestro discipulado, que nos lleva a tratar de imitarlo y seguirlo, y a trabajar por su causa. Jesús a no es prevalentemente refugio, consuelo, amigo que me comprende, sino sobretodo ideal de vida. Estamos ahora más dispuestos a sacrificarnos por Jesús y por su causa, que es también la de la Iglesia. Antes recibíamos de la Iglesia; ahora queremos también aportar a la Iglesia, de la que nos vamos sintiendo parte activa.

En esta etapa espiritual el amor cristiano se hace más fuerte y estable, pues está más arraigado en la voluntad que en los sentimientos. Por eso es la etapa en que se está en condiciones de hacer opciones válidas, ya sea en el campo de las diversas vocaciones de la vida cristiana, ya sea en el campo

de los diversos servicios apostólicos. El compromiso y el servicio al prójimo se descubren como esenciales a la espiritualidad, al igual que la dimensión social de la ética y sus consecuencias políticas.

En efecto, en esta edad espiritual, que está llena de entusiasmo, se acentúa la atracción por las opciones radicales inspiradas en el Evangelio. Lo cual va acompañado de incoherencias entre lo que se piensa y se dice, y lo que realmente se hace. Es la etapa de una concepción heroica e intelectual del cristianismo, que nos lleva fácilmente a entendernos con los que piensan como nosotros y a ser intolerantes con los que disienten, ya sea en la sociedad o en la Iglesia. Es la etapa de un agudo espíritu crítico: conocemos mejor a la Iglesia, y tenemos más experiencia de sus riquezas y posibilidades, pero también de sus miserias humanas, de las que nos hacemos críticos e intolerantes, y llevados por el idealismo, improvisados reformadores.

Aún amamos más las ideas que las personas concretas y nuestro sentido de las personas está condicionado por nuestra tendencia a calificarlas. Más que sus cualidades, su sabiduría y su caridad, parece interesarnos si son liberales, conservadores, progresistas, tradicionalistas, etc... Aún no hemos alcanzado la experiencia y la madurez como para relativizar lo que las personas piensan, y valorar lo que ellas "son".

La juventud espiritual, entonces, junto con ser una edad en que se consolida la vida cristiana como seguimiento de Cristo, comienza a experimentar, a veces fuertemente, sus inadecuaciones, inseguridades e inconstancias, en el camino de seguimiento. Comenzamos a desconfiar del futuro de nuestra fidelidad, a pesar de nuestro genuino deseo de seguir al Señor. Es el momento de profundizar la naturaleza de este seguimiento, de purificarlo de autosuficiencias, voluntarismos, impacencias, con sus secuelas de desánimo y temores.

Lo que Jesús nos propone al llamarnos, es hacer camino junto con él, poniendo en él toda nuestra confianza. De parte nuestra, esto requiere comenzar a ser humildes. Pues el comienzo de la humildad no consiste en no vivir para sí mismo, en no caminar solo, en desconfiar de sí mismo y sentir que verdaderamente necesitamos de Cristo. Este es el inicio de la humildad: aceptar a Dios en nuestra vida, en nuestro origen, en nuestra meta, en nuestro recorrido. Sin un abandono confiado en Jesús que nos llamó, no hay seguimiento posible, pues seguir a Cristo no es un logro nuestro: es dejarnos llevar por él, sin ponerle obstáculo, aunque no veamos por dónde vamos.

A veces también la falta de misericordia, desgraciadamente no se limita a nuestra relación con los demás. Termina por proyectarse sobre nosotros mismos y sobre Dios. Es decir, nos cuesta perdonarnos nuestras propias miserias, y esa actitud la trasladamos a Dios: también dudamos de su misericordia con nosotros, y del perdón que permanentemente nos ofrece. En algunas personas, ello conduce al alejamiento de Dios, por una especie de cuestionamiento radical de la fe y la esperanza.

Para muchos, ésta suele ser la etapa de los grandes cuestionamientos en torno a la fe y en general a la religión. Y dadas las características "radicales" de esta edad del espíritu algunos abandonan la fe, y otros toman el camino de la santidad.

III. La madurez espiritual

En la etapa de la juventud espiritual, la vida cristiana ha tomado un impulso y un dinamismo decisivo. Lo que falta es la madurez de la experiencia, que permite hacer una síntesis entre sus tendencias contrastantes: generosidad y mediocridad, logros y fracasos. Pero no se madura sin pasar por crisis; la fe y la caridad no pueden purificarse y crecer sin pasar por las crisis de la aridez y de las "noches". De ahí que la transición y el acceso a la madurez esté caracterizada por las crisis de

crecimiento. Algunos han llamado a estas crisis “demonios de mediodía” o “acedia” (cansancio de espíritu). Sus síntomas son característicos, y todos invitan, de diversa manera, a aferrarse a la fe, y a las motivaciones de acción inspiradas en una caridad orientada por la voluntad y no por los sentimientos.

La edad de la madurez de espíritu corresponde a una fe basada primordialmente en la palabra de Dios y en las promesas de Cristo. Las crisis de las que hablamos se superan por una nueva conversión, que integra justamente la Palabra y la Promesa como cimiento de la fe, en adelante purificada y animada por la caridad.

La madurez es la edad del espíritu en que uno se hace más apto para dar, para formar a otros, para comunicar la experiencia adquirida. Es la etapa en que el servicio a los demás, la evangelización y toda forma de compromiso cristiano se realizan con más profundidad y serenidad. La evangelización, la conversión, el advenimiento de la fraternidad y la justicia, no siguen el camino de lo espectacular y de los cambios rápidos y casi milagrosos, como nos habíamos imaginado cuando comenzamos a trabajar por el Reino de Dios. Esta percepción nos libra de los desánimos y decepciones que producen la lentitud y el aparente fracaso del apostolado, y los va sustituyendo por la confianza en el poder de Dios, que actúa con criterios que no siempre son los nuestros.

La madurez espiritual es la etapa en que la vida cristiana se consolida y en la que adquirimos una síntesis personal; nuestra espiritualidad adquiere características propias y personales. Las personas ya no nos influyen tanto, o lo último que escuchamos, o el último libro que leímos. Más bien releemos los mismos libros, aquellos que para nosotros habían sido fundamentales. Ya no seguimos a personas y modelos humanos, como ocurría necesariamente en las primeras etapas de la espiritualidad: percibimos que el Espíritu Santo va tomando más claramente la dirección de nuestra vida.

Esta etapa del espíritu es la hora en que lo que nos interesa más es el sentido de nuestra vida en sí misma. La madurez espiritual contiene una paradoja. Por una parte se ilumina el sentido de la vida, lo cual hace que las personas comiencen a valorar el “ser” más que el “hacer”, es decir, la calidad de vida cristiana se valora más que los logros, los cargos importantes o los títulos que se han ido adquiriendo. Lo que sucede es que el ser y el hacer se van integrando, en el sentido que lo que hacemos está más de acuerdo con lo que somos, en contraste con las edades anteriores, en que mostrábamos o hacíamos más de lo que éramos.

IV. La sabiduría espiritual

Esta etapa es la cima y la consolidación de la madurez de espíritu. La sabiduría de que hablamos va más allá de la inteligencia, el buen criterio, los conocimientos acumulados o la experiencia. Todo esto prepara la sabiduría espiritual pero no la sustituye. El acceso a esta forma de sabiduría es coherente con las últimas etapas de la vida en el espíritu, caracterizadas por una progresiva “pasividad”, en el sentido que la acción del Espíritu en el alma es más directa y ostensible. El acceso a la sabiduría de espíritu significa que Dios se ha ido constituyendo en el directo y principal guía espiritual de la persona; los guías humanos continúan, pero mayormente para ayudar a discernir y apoyar la acción de Dios en esa persona. La sabiduría es por lo tanto un don; no todos lo reciben, o no lo reciben en el mismo grado o manera. Para algunos, la edad de la madurez será la más preponderante en sus vidas.

La sabiduría es causa y resultado de una progresiva simplificación de la espiritualidad; va proyectando en nosotros la simplicidad y eternidad de Dios. Al crecer en ella, nos vamos adecuando a la visión y valoración que Dios tiene de las cosas creadas. Iluminamos con esta luz todas las cosas, particularmente las que tiene relación con nosotros. Las ponemos en la verdad, las relativizamos. Así

sucede con nuestras actividades, con nuestros éxitos y fracasos, con las circunstancias y cambios que afectan nuestra vida, la vida de nuestro pueblo o la vida de la Iglesia –a los que antes dábamos una importancia excesiva, confundiendo lo contingente con lo esencial.

Por el sentido de Dios nos adecuamos a la visión de Dios sobre el valor de las cosas y los acontecimientos. Adquirimos luz y sabiduría para su lectura e interpretación y para discernirlos. Si en la edad de la madurez nuestra acción y nuestro aporte a los otros alcanzaba su mayor solidez y envergadura, en la edad de la sabiduría encontraremos los mejores consejeros y guías espirituales.

En la edad de la sabiduría, el espíritu de contemplación y el sentido de Dios nos hacen sentir, con mayor fuerza que nunca la miseria y el pecado del mundo y nuestra propia mediocridad. Somos más concientes que todo ha sido misericordia y gracia, que no hemos sabido realmente agradecer, y que hemos respondido con indiferencia e infidelidades.

Ante todo esto, las actividades al servicio del Reino de Dios y los medios de acción propios de la evangelización se nos revelan como insuficientes. Y el sentido de Dios toma un nuevo aspecto: la llamada interior a hacernos seriamente redentores con Jesús “completando en nosotros lo que le falta a la pasión de Cristo en beneficio de la Iglesia y del mundo” (Col. 1, 24). Pero si esta edad es la más contemplativa del itinerario espiritual, eso no significa que sea pasiva o individualista. Por el contrario, aquí la relación con los demás alcanza igualmente una gran madurez evangélica, ya que en el cristianismo la contemplación es inseparable de la caridad fraterna en todas sus manifestaciones. De ahí que nunca como antes estemos en condiciones de progresar en una de las experiencias más fundamentales de la vida cristiana: la síntesis entre el amor a Dios y el amor al prójimo. En nuestro camino cristiano, el logro de esta síntesis había sido una búsqueda ardua y permanente, continuamente amenazada tanto por nuestros pecados y mediocridades, como por las deformaciones de nuestro temperamento, que nos llevan a acentuar uno u otro de los dos amores desequilibradamente.

La sabiduría espiritual no es el resultado de un esfuerzo personal, que podría confundirse con la adquisición de la sabiduría humana. Es el resultado de una creciente amistad con Dios, que proyecta su eternidad y su paz en el corazón de sus discípulos. La sabiduría genera la verdadera paz. Una paz arraigada en el fondo del alma, a pesar de una vida exteriormente agitada, azarosa o insegura: en el fondo del alma se ha creado un espacio, una “celda” inviolable, donde habita el Dios de la paz, al que se puede contemplar y acudir permanentemente.

PARA CONVERSAR:

- ✓ *¿Qué edad me caracteriza en el momento actual de mi vida?, ¿Cuáles afirmaciones identifican con mayor fuerza mi estado?*
- ✓ *¿Cuáles características me gustaría tener de otras edades?*
- ✓ *¿Cómo podría crecer espiritualmente en este momento de la vida?*